

su existencia, y se reunan á tí en la eternidad de los tiempos y en la plenitud de la mayor ventura.

¡Adios Pablo!

No. ¡Hasta luego!

FERMIN HERRÁN.

Bilbao, 2 de Marzo de 1892.



UN RECUERDO.

En las postrimerías de la adolescencia y en esa edad en que arden generosos los sentimientos del alma, ha bajado á la tumba uno de nuestros más jóvenes y queridos amigos. Bello como los ángeles euskaldunas, bondadoso, excesivamente modesto, á pesar de los abundantes bienes con que le habia favorecido la fortuna, claro de ingenio, dotado de carrera literaria en que jamás obtuvo tildada nota, casado hace ocho meses con una gentil y apuesta niña que apenas frisaba en los diez y ocho abriles, hijo único, y con un porvenir tan risueño como enviable, habia formado en la mansion que habitaba un nido de amores, donde nada faltaba, porque la felicidad rebasaba los limites de las esperanzas más venturosas. Y por si acaso necesitara todavía mayor suma de bienes para colmar tanta dicha, cobijaba este hogar con su honrado manto la autoridad de un padre, que, probado en las lides de la inteligencia y del patriotismo, es hoy una de las figuras más notables del país bascongado.

Pero como la felicidad humana no puede ser completa por hallarse constantantemente expuesta á inesperadas contrariedades, llegó un día, y muy próximo aún, en que una enfermedad no larga, pero penosa, asaltó á la que pudo ser madre, y que cuidada con la mayor diligencia y esmero por su marido, contrajo éste otra más insidiosa y traidora, que, tocando á su terminacion y cuando ménos lo esperaba, le cortó la vida en breves instantes, espirando en la noche del lunes en brazos de su padre.

Suceso tan lamentable se divulgó, á pesar de lo avanzado de la noche, con rapidez eléctrica por todos los ángulos de la villa, produciendo efecto tan lastimoso, que no obstante ser el siguiente día el

más bullicioso del año, la noticia de la muerte de Pablo de Sagarní-naga preocupó á todos los ánimos, y el sentimiento del pueblo se demostró tan general como espontáneo. Y lo era más todavía cuando se refirieron algunos detalles del suceso, como el de haberse conducido el cadáver á las pocas horas al sagrado lugar destinado á su descanso eterno, en prevision del carácter eminentemente infeccioso de la enfermedad, y el de haber sido arrebatada de la casa de su nuevo padre á la de los que le dieron el ser, la tierna y convaleciente esposa en el estado más deplorable y angustioso. De manera que, en el brevísimo término de pocas horas, aquel nido de amores, aquella mansion de la felicidad y de la alegría, aquel hogar en que solo se respiraban dichas placenteras, se tornó en un lugar de luto y de desolacion, de tribulaciones y de silencio, y de dolientes suspiros y lágrimas amargas. Solo quedó un hombre en él sumido en los horrores de la mayor desgracia, aplastado por esa cosa indescriptible que aparece en tales casos semejante al sueño, angustiado por el dolor más profundo, por ese dolor que produce en un amoroso padre la rápida desaparicion de un hijo único, ilusion de sus ilusiones, amor de sus amores, esperanza de sus esperanzas.

Y así era en efecto, porque quienes toda la vida hemos conocido á estos dos seres tan estrechamente unidos, no podemos conocerlos separados, sin olvidar su manera de ser y de vivir. Ambos recorrian casi todos los años las naciones más importantes de Europa: ambos se detenian en sus poblaciones más notables por sus riquezas artísticas y monumentales: ambos conocian los itinerarios más interesantes para alcanzar con eficacia los frutos de la cultura y del saber: y ambos, fatigados á veces del continuo vaiven de los viajes y de los efectos precursores de la nostalgia, tornaban, inseparables, á su hogar querido, provistos de nuevos é interesantes conocimientos, y aportando á su rica biblioteca las obras más modernas ó antiguas y notables en ramos diferentes del saber humano.

Así formó la educacion de Pablo su padre, y así desarrolló su inteligencia; y si bien era ya entonces notado por su aplicacion, por su excelente y virtuoso carácter y por su buen criterio y cultura, ahora era solicitado para desempeñar cargos públicos á que no tenia aficion, pero que estaba llamado á aceptarlos muy pronto, segun ocurrió en las últimas elecciones de Diputados provinciales, en las que fué el candidato que obtuvo mayor número de votos, contando apenas 25 años.

La vida de Pablo de Sagarminaga ha sido bien corta por cierto, y su vida pública apenas se puede señalar. Pero esto no obstante, la popularidad y las simpatías que ya había alcanzado entre sus convecinos y el cariñoso afecto que consagraron á su memoria anteayer asistiendo al improvisado funeral celebrado en la iglesia de los Santos Juanes, atestiguaron de la manera más irrecusable cuán arraigadas se hallaban estas simpatías y afectos en sus corazones. Jamás aquel templo ni otro alguno de Bilbao reunió bajo sus bóvedas concurrencia tan considerable ni selecta en funcion análoga, aumentada con la asistencia de la Diputación provincial en cuerpo; ni jamás fué tan profundo el sentimiento que se manifestó al terminar. Otro tanto ocurrió en la casa mortuoria donde permaneció su padre recibiendo con la mayor dignidad á cuantas personas, que fueron muchas, quisieron expresarle su sentimiento por la irreparable pérdida que acababa de experimentar. Y, si agregamos á esto el sinnúmero de telegramas, cartas y tarjetas que llegaron á sus manos participándole los mismos sentimientos, excusado parece decir que estas pruebas de afecto verdadero sirvieron de algun lenitivo á las grandes penas que afectan su corazón. Porque penas y muy grandes tienen que ser para un padre que solo posee un hijo querido, orgullo de su sangre y de su nombre, trocar en cortas horas un mundo de alegrías, de satisfacciones y de esperanzas, por otro mundo de tristezas, de soledades y de ese inmenso vacío ya formado á su alrededor. Porque penas, y muy grandes é insondables, son las que aumentarán el amargor de sus días, cuando con ánimo más tranquilo y ménos latente el corazón recuerde la suerte desdichada de esa hermosa niña que durante algunos meses le ha dirigido el santo nombre de padre y que llora con acerbas lágrimas el más grande, el más doloroso de los infortunios.

Dios les dará á ambos, no hay que dudarlos, fuerzas suficientes para soportarlos, y Él derramará sobre sus acongojados corazones dulce bálsamo que temple y cicatrice las profundas heridas que en estos momentos les causan tantos dolores.

JUAN E. DELMAS.

3 de Marzo de 1892.

(El Noticiero Bilbaino.)

